

todas las simientes productoras de ideas ó acciones para los sucesivos estados de nuestra existencia. A ningún astro los poetas cantaron como á la melancólica luna, porque ni rayo de nuestro sol, ni matiz de nuestro iris, ni centelleo de lejanísima estrella en nuestras noches exhalan la poesía exhalada por el divino satélite. ¡Cómo se deslizan sus resplandores mustios entre las ramas de los olmos frescos! ¡Qué argenteo prestan sus rayos á las ondulaciones del arroyo! ¡Cuál baño de luz el que podemos tomar en la luna llena, cuando se refleja, desde su cenit, en el silencio de la noche y en el misterio de las sombras, dentro de un lago tranquilo y celeste! Quien haya visto la luna de Julio y Agosto en el Mediterráneo comprenderá toda la clásica perfección del mundo antiguo, aquella hermosura sin contraste, aquellas armonías concertadísimas aquellas proporciones acabadas, aquellas consonancias de cielo y tierra; el mar parecido á un horizonte y el horizonte parecido á un mar, lloviendo aquél su luz con tanta serenidad y reverberándola éste á su vez en la superficie tranquila, como si recibiera por la rompiente y ondulación de sus aguas una lluvia de estrellas. En el cementerio toma sublimes tristezas el astro de la noche. Una estatua funeraria se reviste de sobrenatural grandeza en el incierto centelleo de aquellos rayos melancólicos. Los vascos llaman á la luna luz de los muertos. Y, en efecto, no hay para los arcos rotos, para las estatuas caídas, para los acueductos interrumpidos, para todas las ruinas, entonación como las que suelen prestarles, envolviéndolos en gasas fúnebres, las noches de luna. Ved á sus tintas el murciélago, la lechuza, el buho, y os parecerán aves fantásticas, recamadas de un reflejo ideal. Oid al ruiseñor y os creéis transportados al Paraíso. Los rayos de la luna y los bordones de la guitarra y los cantares del rendido amador y los latidos del corazón de la preferida ó amada, se corresponden á una en las serenatas, como se corresponden las notas del pentagrama y los colores del iris en la Naturaleza. Pero, contemplando la luna, me había olvidado de Antonieta. Narremos. Parecía natural que se dejase llevar de la música y de la poesía esparramadas por el ambiente, y hablase de aquel disco argentino y de aquel cielo sereno, generadores de una melancólica poesía. Pero no, habló de política, según su más inmediata historiadora nos refiere. Y al hablar de política, se puso muy seriamente á decir paralelos entre su marido y ella. Pero, antes de trazar tales paralelos declaró, según reza Madame Campan, en alucinaciones de magnéticas esperanzas, cómo se romperían sus cadenas en cuanto llegase otra luna, pues la fascinaba cierta visión, la visión de los irruptores, que debían provocar afectos de odio á una Reina de Francia y no poéticas melancolías ó esperanzas inciertas en aquel nocturno encantador paisaje. Mas, insistiendo sobre sus paralelos entre Luis XVI y ella, dijo que no tenía su marido pelo de tonto, y mucho menos debilidades y flaquezas de cobarde; pero que le aquejaba un vicio muy deprimente y muy depresivo, la desconfianza de sí propio. Engendrado y nacido para el mando, según Antonieta, no quería mandar. La voz, que Dios ha dado al imperio y á los imperiosos, extinguiase por completo en su laringe. Tampoco podía en

público hablar. Ni la voz del imperio, ni la voz del discurso le acompañaban. Tímido, de una timidez infantil, por su naturaleza y su complexión, habíale aumentado tamaño defecto su pésima educación. Luis XV no vió en su nieto nunca más que un pobre niño, y lo sugetó á perpetua tutela, no dejándolo crecer en espontaneidad. Y así á todo se oponía su timidez y todo su timidez lo dificultaba. «Con una palabra, decía la Reina, bien dirigida, dictada por su ánimo con esfuerzo á los parisienses, podría resolver el problema político: no la pronunciará. Si yo saliera en público, y á caballo, me llevaría mucha gente detrás, añadía; mas tales arrestos están vedados á mi condición, y tras las primeras fascinaciones del espíritu público electrizado por mi temeridad, los enemigos del Rey resolverían contra semejante acto, el grito de odio á la triste austriaca heriría las estrellas, centuplicaríanse las protestas contra el imperio de una mujer á quien llamarían desatentada ó soberbia: que toda Reina no Regente, sólo tiene un recurso, conformarse con la suerte suya de consorte y dejarse matar, ó apercibirse á morir». En realidad, quejas tales tenían mucho fundamento en labios de la Reina, pero no echaba de ver ésta que si la inercia del Rey lo complicaba todo, su inquietud no contribuía poco al general dificultoso enmarañamiento. Así contaban tropiezo por día. Expiraba Julio y crecía el general descontento. Cada taberna encerraba su respectiva conjura feroz y cada noche traía su asomo de sublevación inmediata. Así una velada presencié por aquella quincena última de Julio el amago de un levantamiento popular. La Reina se había contra su costumbre acostado temprano y contra su costumbre dormíase con sueño profundo. Iba el Rey á encaminarse hacia su alcoba también, y llega la noticia del peligro. En seguida despertó á su azafata; pero no quiso despertarla á la Reina, dichoso de verla dormir tranquila é ignorar el grave daño. Cuando lo supo, al despertar, se agravió mucho, y dijo que deseaba morir donde murieran los suyos.

Era domingo el cinco de Agosto, y la familia real fué á misa. Desde sus habitaciones á la capilla mediaba larguísima distancia. En esta distancia veíanse muchos milicianos nacionales, unos tendidos para custodiar la procesión de los reyes con su cortejo, y en varios grupos otros. Dentro de todas las corporaciones tronaba entonces la discordia. Una parte de sus individuos estaba por la Monarquía, otra parte de sus individuos estaba por la Nación. Así, en guerra civil profunda los ánimos, y en guerra civil profunda los hechos. Las mutuas cóleras estallaban en mutuos agravios. Los mutuos agravios caían sobre la cabeza de los reyes, pues representando su correspondiente unidad nacional toda unidad monárquica, imposible reinaban aquellos desgraciados sobre pueblo tan dividido. En correspondencia y consonancia con tal estado del espíritu público, una parte del pueblo armado, que daba en aquel domingo al palacio guardia, gritó «¡viva el Rey!», mientras gritó «¡viva la Nación!» otra quizá mayor parte. Y aun dentro del santuario les aguardaba el espectáculo de tales divisiones á los Reyes, demostrativo del paso firme con que la catástrofe



se avecinaba en un tiempo, henchido de pasiones, y sobre un espacio que parecía tener sed inextinguible de sangre. Para todo fiel cristiano, una Iglesia pertenece á los lugares de recogimiento y de reposo. Para el ánimo de cuantos creen y esperan de Dios la paz del Señor debe reinar en los santuarios. Desde que comienza el santo sacrificio al *Gloria in excelsis*, hasta que concluye con el *Agnus Dei*, sólo se oyen palabras de amor divino, y sólo se ven ósculos de humana paz, pues Cristo no supo en su hermosa vida matar á nadie, sólo supo morir por todos. Cuando alguno de sus discípulos quiso requerir la espada, el Salvador le recordó cómo en aquel sacrificio no podía otra sangre derramarse sino su divina sangre. ¡Cuán suelto no andaría el demonio de la discordia en esta sazón por Francia, cuando estalló al pie de los altares y entre las ceremonias del santo sacrificio! En la orquesta sacra, en el coro litúrgico, entre los cantores de la capilla, se deslizaba el espíritu republicano, como si aquel sacratísimo lugar fuese también un club, y aquel religioso púlpito del Espíritu-Santo empinada tribuna de los exaltados ó jacobinos. Toda la Biblia y todo el Evangelio trascienden á la República. Escrito el Viejo Testamento por los profetas, como todos saben, profeta equivale á enemigo de los reyes de Israel. Aquí vemos pasar todos los que ciñen coronas maldecidos en aquellas sublimes páginas. Saul anatematizado por Samuel, Nabucodonosor en bestia convertido, Sardanápalo y Baltasar muriendo entre orgías á las llamaradas del incendio, Babilonia y Ninive rotas y destrozadas por capitales orgullosas de viejas monarquías, dicen cuán republicano espíritu anima los acentos y los himnos de nuestra sacra Biblia. Pues aun resalta este carácter democrático en el Evangelio mucho más que en la Biblia. El Salvador se habrá levantado contra el mal cósmico en toda su vida de holocaustos y sacrificios; pero en la sazón de su advenimiento se alza contra el romano Imperio. Y, entre los cánticos y versículos de sus revelados libros, entre los más leídos de los sacerdotes y de los fieles en el templo, resaltan las estrofas sublimes del *Magnificat*, muy conminatorias á todas las tiranías, y de aliento divino á todas las libertades. Cuando el cordero de Dios palpita y salta en las entrañas de María, sabe como nadie la Virgen, quién lo ha engendrado, que viene con el santo ministerio de romper las coronas y levantar los esclavos. *Deposuit potentes de sede; et exaltavit humiles*. Cantado este versículo en las misas corrientes, no tiene clase ninguna de trascendencia, sino á la tiranía en general, á la tiranía, el peor mal de los males. Pero aquellos coristas las cantaron á grito herido; no dándoles aires de salmo y antifona, dándoles aires de proclamas. Y los reyes las oyeron como una maldición que bajase del cielo sobre sus coronas, y temblaron, no solamente á lo terrible de tales amenazas celestes, á lo infame del desacato apercibido dentro de su propia capilla, por los encargados de levantar al cielo palabras, las cuales consigo trajesen bálsamos, perdones, caridad, consuelos, amor, y no maldiciones tribunicias y no blasfemias políticas, como las que fulminaban los clubs y henchían los aires. Pero este atentado, grave de suyo, se agravó con la temeridad cometida por los ca-

balleros del puñal que pululaban en todas partes y acudían á la capilla todos los domingos, cuando en la capilla se presentaban los reyes, por la temeridad que tuvieron y el peligro que arriesgaron, acentuando el desacato de los cantores, devuelto á estentóreas voces y diciendo en clamores vivos y con gestos belicosos: *Dómine salvum fac regem. ¡Et reginam!* gritaban otros muchos. Convertida en campo de batalla la iglesia, no hay para qué decir cómo se convertiría en campo de batalla la prensa, el club, la Cámara, la municipalidad, todo espacio de la capital, y cómo batallarían todos los elementos políticos y sociales unos contra otros. Puede pedirse á Dios, en actitud suplicante, con las manos pegadas sobre el pecho, los ojos en el cielo y en tierra la rodilla, salud para los reyes por los monárquicos, ó libertad para las democracias por los revolucionarios; pero nunca puede hacerse, nunca, sin vulnerar los más altos sentimientos y sin malherir la religión, esto de trocar el regazo de la paz profunda, donde caben todos los espíritus, en barricada de revolución ó fortaleza de combate. Luchas en los teatros por las comedias representadas entre ruidosas manifestaciones; ligas en los Congresos de los partidos encarnizados; disputas en las Academias sobre los sistemas contrarios; combates en las calles entre facciones sueltas; si aun quedaban guerras en los templos y en los santuarios, bajo cuyas losas duermen los muertos el eterno reposo y bajo cuyos altares piden los fieles al emperio la paz del Señor, ¿cuál refugio á Francia quedaba para los sentimientos religiosos, para las ideas místicas, para la fe verdadera en Dios, para los anhelos por la inmortalidad, para los ideales más altos y las expansiones más sublimes? Así, no fué maravilla que Antonieta volviese de la ceremonia religiosa donde buscó celestes consuelos, amargada, desconsoladísima, con una desesperación verdaderamente contagiosa, conjurando al cielo para que mandase pronto los aliados como ángeles exterminadores á concluir con la nueva Babilonia, es decir, con aquel París revolucionario y con aquella Francia ingrata, contando por los dedos cuántos días y aun cuántas horas podían trascurrir hasta sonar el minuto de su venganza.

Como se ve, la revolución tomaba un aspecto muy terrible. Y como tomaba un aspecto muy terrible, infundía recelos espantosos en las gentes de que trajese un diluvio de lágrimas y sangre. Los exaltados, propensos á respirar el aire de la revolución radicalísima, como ciertas aves marinas revolotean entre las desencadenadas tormentas, ofrecían sus vidas en holocaustos, para precipitar el momento revolucionario; haciéndose asesinar por manos de sus amigos, al fin y objeto de que los impacientes creyeran los habían inmolado, las venganzas de los caballeros del puñal; y movidos de esta creencia salieran de madre por las calles, entraran en grande inundación de cóleras por las Tullerías y sumergiesen el trono, dejando paso á la República esperada por muchos, con extraordinaria exaltación. Pero en este desborde, ¿cuál piloto dirigiría la nave naufraga? ¿Cuál brazo detendría la corriente de aquel tiempo, y cuál conjuro desharía el remolino en tromba de



aquellas tormentosas ideas? Pétion estaba fuera de sí. Encima se le venía el edificio de su popularidad, levantado por él, con empeño tan gigantesco, y felicidad tan inmerecida. Por sus ideas, necesitara estar con el pueblo; por su cargo, necesitaba estar con el monarca. Y entre pueblo y monarquía, las cóleras se habían recrudecido en tal manera que no quedaba ningún vado por donde poder ir á una reconciliación. En aquellos momentos, caracterizados por verdadera incertidumbre, acaeció un becho terrible, de los muchos trágicos, frecuentes en las revoluciones. Cierta antiguo revolucionario, muy célebre, de una exaltación muy grande durante todo el primer período de la revolución, se había hecho moderado, y al hacerse moderado, había departido con los exaltados en varias ocasiones, y dichos cómo, al exajerar la libertad, en sus comienzos verdaderamente creadora y benéfica, destruían la patria é imposibilitaban para siempre todo fecundo y necesario progreso. Estas porfías comenzaban por disputas más ó menos tranquilas, continuaban por vociferaciones más ó menos ruidosas, crecían al choque de las mutuas amenazas, concluyendo por golpes más ó menos fuertes ó por sendas riñas de los contrarios bandos. Una tarde se hallaba este converso en la terraza de los fuldenses criticando á su sabor aquellos acontecimientos para él sin verdadero sentido, aquellas luchas sin objeto, aquellas pasiones sin freno, aquella revolución bendecida por todos en sus comienzos, y ahora sin cauce, inundando y destruyendo cuanto le cerraba el paso, incapacitada de comprender ni un solo minuto que se destruía ella por sí misma. Segurísimo de su opinión, la manifestaba en frases muy claras y con gestos muy expresivos. Frases y gestos le atrajeron auditorio numeroso y en este auditorio numeroso rugieron á pensamientos tan conservadores y ademanes tan resueltos, algunas fieras demagógicas. Y estas fieras demagógicas únicamente acertaban á responder los argumentos contrarios al sentir y al pensar suyo, generadores de apetitos muy crueles, con esta vociferación de muerte: «á la linterna, pronto á la linterna.» Y tal sentencia, se cumplía en el acto por puños que agarraban como garfios al cuerpo de las víctimas, y echándoles una soga por el cuello, las suspendían del primer farol con que topaban en sus caminos. A la verdad no hubo sentencia fulminada sobre la persona del pobre radical arrepentido, hubo una grande aglomeración de gentes caída sobre sus huesos que lo magullaron y perdieron desde la primer arremetida. Quiso huir, y le persiguieron como al perro hidrófobo. Quiso guarecerse de la plebe furiosa en una oficina, y allí lo trucidaron. Cuando la policía lo recogió, su figura era un montón de carne, respirando con agonía y estremeciéndose al golpe de los dolores que le daban muerte. Sobre un catre arrojaron en una prevención ó alcaldía, semejante aglomeración de huesos y fibras chorreando sangre. Amigo de Pétion el despedazado, corrió aquél en su auxilio, mas llegó tarde, muy tarde, cuando le pasaba la última luz por los ojos y el último aliento por los labios al desdichado mártir. Lanzóse con desesperación sobre lo que restaba de su amigo, el pobre Alcalde; y los restos, con un esfuerzo y un estremecimiento supremo, al